V Simposio sobre San Josemaría
Jaén, 21 noviembre 2010
10 h.

El atractivo de San Josemaría

Jaime Nubiola[1]
jnubiola@unav.es

Et ego, si exaltatus fuero a terra,
omnes traham ad meipsum. Juan 12, 32.

Agradezco muy vivamente la invitación de la Fundación Catalina Mir para tomar parte en este Simposio sobre San Josemaría y los jóvenes. En particular, deseo agradecer a Juan Ángel Brage que me pidiera hablar del *atractivo* de San Josemaría, porque su amable invitación trajo a mi memoria con mucha fuerza el poderoso impacto que San Josemaría tuvo en mi vida, primero a través de sus escritos y luego mediante un conocimiento más personal.

Soy filósofo y como filósofo me interesa en primer lugar captar la experiencia, la vida, para intentar después iluminar lo vivido mediante la reflexión y el análisis conceptual hasta llegar a comprenderlo si fuera posible con más plenitud. En esta hermosa mañana de otoño en Jaén querría descubriros, a partir de mis recuerdos y de mi reflexión sobre ellos, por qué San Josemaría atraía tanto en vida y por qué su figura sigue todavía atrayendo a tantas personas, tal como atestigua este mismo Simposio en su quinta edición.

Con esta finalidad, voy a organizar mi exposición en cinco secciones que he titulado respectivamente: 1) Libros de fuego; 2) Testimonio personal; 3) La vibración de San Josemaría; 4) Una reflexión sobre la naturaleza de su atracción, y, finalmente, 5) una conclusión: los santos transparentan a Cristo.

1. Libros de fuego

El 7 de agosto de 1931, San Josemaría anota en sus *Apuntes íntimos*: "Querría escribir unos libros de fuego, que corrieran por el mundo como llama viva, prendiendo su luz y calor en los hombres, convirtiendo los pobres corazones en brasas, para ofrecerlos a Jesús como rubíes de su corona de rey"[2].

---

[1] Agradezco la ayuda de José Alzuet, Mario Fernández, Jacin Luna y mi padre Jaume Nubiola para facilitarme documentación y algunas ideas o correcciones. Debo gratitud también por sus correcciones y sugerencias a Hedy Boero.
[2] A. Vázquez de Prada, *El fundador del Opus Dei. Vida de Josemaría Escrivá de Balaguer*, Rialp, Madrid, 1997, I, p. 381.

Desde sus años de estudiante San Josemaría comenzó a anotar en una pequeña libreta de hule que llevaba en el bolsillo, sus pensamientos, versos, dibujos, frases agudas y algunas de las anotaciones que tomaba de sus lecturas. "Pero, entre esa desordenada acumulación de notas, venían otras más íntimas. Y esto era lo sorprendente —comenta su biógrafo Vázquez de Prada—, que de cuando en cuando, dentro o fuera de la oración, Josemaría se veía obligado a tomar por escrito un pensamiento, una sugerencia apostólica, una indicación venida del cielo. Muchas notas, sin género de duda, eran inspiraciones divinas. Otras, fogonazos de luz que abrían nuevos caminos en su entendimiento"[3].

Con el paso de los años, ya no se trataba sólo de aquella vieja libreta de hule, sino que San Josemaría llevaba siempre en su bolsillo un papel donde anotaba esas palabras que impactaban su corazón. Poco a poco fue trasladando ordenadamente muchas de esas anotaciones sueltas a sus *Apuntes íntimos*, de los que se conservan ocho cuadernos, junto con catorce apéndices de hojas sueltas. Como ha mostrado cumplidamente el profesor Pedro Rodríguez en su cuidadosa edición crítico-histórica, el libro de San Josemaría que apareció en 1939 con el título de *Camino* era fruto directo de aquellas anotaciones y de la abundante correspondencia de dirección espiritual que había mantenido en esos años.

Pues bien, no sin emoción grande quiero recordar la primera vez que llegó *Camino* a mis manos. Tendría yo diez o doce años y era un voraz lector de lo que leíamos los jóvenes de esa edad en el siglo pasado: Julio Verne, Emilio Salgari y algunos otros autores más. Jamás había leído —que yo recuerde— ni el Evangelio ni un libro de espiritualidad. Cuando abrí *Camino* y leí su primer punto:

> Que tu vida no sea una vida estéril. —Sé útil. —Deja poso. —Ilumina, con la luminaria de tu fe y de tu amor.
>
> Borra, con tu vida de apóstol, la señal viscosa y sucia que dejaron los sembradores impuros del odio. — Y enciende todos los caminos de la tierra con el fuego de Cristo que llevas en el corazón.

pensé de inmediato que aquel libro había sido escrito para mí, que aquel libro iba a cambiar mi vida. Cuando hace cuatro años leí *La vida nueva* de Orhan Pamuk, premio Nobel de Literatura del 2006, quedé deslumbrado por su maravillosa frase inicial, quizá la mejor del libro: "Un día leí un libro y toda mi vida cambió". Mi memoria volvió de golpe a aquella tarde cuarenta años atrás en la que leí aquel primer punto de *Camino*. De hecho, me parece que me quedé buena parte de la noche leyéndolo. De inmediato, me hice con un ejemplar de una edición muy pequeña de bolsillo —la número 25— con tapas plastificadas

---

[3] A. Vázquez de Prada, *El fundador del Opus Dei,* I, p. 247.

de color verde y durante muchos años lo llevé siempre en el bolsillo de detrás del pantalón para leerlo de vez en cuando. Con *Camino* comencé a hacer oración. Muchas otras personas me han contado experiencias semejantes.

Camino fue para mí —y lo sigue siendo— un "libro de fuego". Dos o tres años después leí *Santo Rosario*, que me cautivó, y en 1967 pude leer en una versión mecanografiada su *Via Crucis* que vería la luz en imprenta muchos años después. Hoy en día tenemos a nuestra disposición muchos más textos de San Josemaría, pero para mí —y para muchos otros— *Camino* ocupa siempre un lugar muy especial: merece la pena volver a él una y otra vez aunque uno crea que lo conoce ya prácticamente de memoria. Con su dejo aragonés, San Josemaría llamaba a cada uno de los puntos "gaiticas" porque —venía a explicar— los puntos son como gaitas que si no soplas con fuerza no suenan. Así es: esas consideraciones resuenan en el corazón sólo si el lector pone un cierto esfuerzo de su parte.

Leí hace poco a un historiador ruso, Sergei de nombre, que afirmaba que "los libros de San Josemaría no están escritos para todos, sino para cada uno"[4]. Hay una profunda verdad en esto. *Camino* es, sin duda, un libro profundamente personal. Como se dice en el prólogo:

> Lee despacio estos consejos.
> Medita pausadamente estas consideraciones.
> Son cosas que te digo al oído,
> en confidencia de amigo, de hermano,
> de padre.
> Y estas confidencias las escucha Dios.
> No te contaré nada nuevo.
> Voy a remover en tus recuerdos,
> para que se alce algún pensamiento
> que te hiera:
> y así mejores tu vida
> y te metas por caminos de oración
> y de Amor.
> Y acabes por ser alma de criterio.

Se trata de la voz de un amigo, un hermano, un padre que nos dice al oído lo que ha obrado Dios en su vida y sus palabras llegan por eso directamente al corazón. No cuenta teorías, sino vida sobrenatural, alimentada de una dilatada experiencia de almas. Tal como afirmaba Mons. Álvaro del Portillo, "nada en el libro es elucubración (...); nada hay allí artificioso o hipotético: en cada una de sus páginas palpita la incontable riqueza de lo realmente vivido. De ahí proviene

---

[4] "Yuri, Sergei y la santidad del trabajo", 29 abril 2010, <http://www.opusdei.es/art.php?p=38489>.

el perenne frescor de este libro y ésta es, sin duda, la razón de que, aun habiendo sido escrito en circunstancias históricas bien determinadas, *Camino* interese a millones de personas que viven en otros contextos culturales"[5].

Camino no atrae por sus metáforas luminosas, por sus fórmulas literarias brillantes —que las tiene y muchas—, sino porque sus consideraciones transparentan la acción de Dios en la vida de su autor. "Para la transmisión de conocimientos vivos, no de teoría" —ha escrito María José Alonso— un procedimiento fundamental es el "autobiografismo —recuerdos, reflexiones, experiencias— oculto bajo formas oblicuas cuando pudiera significar ostentación del propio yo expreso, con naturalidad, pero que da al texto aire espontáneo y animante de experiencia compartida"[6]. Acude como ejemplo a mi memoria la confidencia de San Josemaría al término del libro *Santo Rosario*: "Amigo mío: te descubrí un punto mi secreto. A ti, con la ayuda de Dios, te toca descubrir el resto".

Aquel deseo de San Josemaría anotado en el año 1931 de "escribir unos libros de fuego, que corrieran por el mundo como llama viva, prendiendo su luz y calor en los hombres, convirtiendo los pobres corazones en brasas", se ha hecho realidad. Los libros de San Josemaría queman por dentro porque —con el soplo del Espíritu Santo— encienden en sus lectores afanes de santidad. Son fuego que atrae a las personas de buena voluntad porque su luz y su calor proceden de Dios.

2. Testimonio personal

Desde octubre de 1963 hasta junio de 1970 —acabamos de celebrar los 40 años de mi promoción— tuve la suerte de estudiar en el Colegio Viaró, próximo a Barcelona. Es probable que en algún lugar discreto del colegio —se trataba del segundo colegio obra corporativa del Opus Dei en nuestro país— hubiera alguna fotografía de San Josemaría, pero sólo recuerdo una que llamaba poderosamente mi atención en el despacho del capellán del colegio, el Dr. Josep Maria Pujol, a quien tanto debo. Se trataba de una ampliación grande de una foto tomada probablemente en octubre de 1960 con ocasión de la concesión del doctorado *honoris causa* a Mons. Escrivá en la Universidad de Zaragoza. San Josemaría aparecía como un sacerdote relativamente joven, 58 años —casi de mi edad

---

[5] Á. del Portillo, "Significado teológico-espiritual de *Camino*", en *Estudios sobre Camino*, Rialp, Madrid, 1988, pp. 48-49; cit. por J. Echevarría, "Prólogo", *Camino. Edición crítico-histórica*, P. Rodríguez, ed., Rialp, Madrid, 2002, p. xiv.

[6] M. J. Alonso Seoane, "Homilías y escritos breves. Algunos aspectos de retórica literaria", en M. A. Garrido Gallardo, ed., *La obra literaria de Josemaría Escrivá*, Eunsa, Pamplona, 2002, pp. 159-160.

actual—, que transpiraba energía y decisión en su semblante. Lo que más llamaba mi atención, sin embargo, era la muchedumbre de gente joven que se arremolinaba junto a él como atraída por un imán. "Algún día yo le veré e incluso podré tocarle", decía para mis adentros al ver aquella foto.

La ocasión se presentó en 1967. La Universidad de Navarra celebraba una magna asamblea de su Asociación de Amigos y ésta comenzaba con una misa celebrada por San Josemaría al aire libre en una luminosa mañana del domingo 8 de octubre. Cuando llegué con un grupo de amigos había ya mucha gente congregada en la explanada delante de la Biblioteca. Tuve que permanecer de pie y lejos del altar, que apenas veía. Pero en cambio, el sonido era perfecto. La voz de San Josemaría, con su fuerte modulación aragonesa, penetró hasta el fondo de mi alma. Muchas de sus palabras de aquel día no han dejado de resonar desde entonces en mi memoria. Quizás en particular su defensa de la unidad de vida:

> ¡Que no, hijos míos! Que no puede haber una doble vida, que no podemos ser como esquizofrénicos, si queremos ser cristianos: que hay una única vida, hecha de carne y espíritu, y ésa es la que tiene que ser —en el alma y en el cuerpo— santa y llena de Dios: a ese Dios invisible, lo encontramos en las cosas más visibles y materiales.

También se grabó en mi memoria su cita de Antonio Machado, del que era y sigo siendo un gran entusiasta: "*Despacito, y buena letra: / el hacer las cosas bien / importa más que el hacerlas*"[7]. De hecho, recuerdo esa letrilla todos los días cuando al dirigirme a mi despacho cruzo precisamente por la entrada del Edificio de Bibliotecas desde la que San Josemaría pronunció su impresionante homilía y resuena por un instante en mi corazón su cálida voz. ¡Poco podía imaginar yo entonces que iba a acabar trabajando como profesor en la Universidad de Navarra!

El texto impreso de la homilía vería la luz con el título "Amar al mundo apasionadamente" y se conserva la grabación sonora a disposición de quien quiera escucharla[8]. Se trata, junto con *Camino*, de uno de los textos más importantes para entender el Opus Dei y calar en su originalidad, su frescura evangélica y su hondura teológica.

Por la tarde hubo en aquel mismo lugar un encuentro informal de San Josemaría con la gente que había acudido a la Asamblea. No recuerdo nada de aquella tertulia, salvo las canciones acompañadas por la guitarra que amenizaron la espera. Sí recuerdo que intenté acercarme a San Josemaría con la intención de

---

[7] A. Machado, *Poesías completas*. CLXI, *Proverbios y cantares*. XXIV, Espasa-Calpe, Madrid, 1940.
[8] [http://www.opusdei.es/art.php?p=38743]

tocarle. No lo conseguí pues unos fornidos estudiantes universitarios provistos de brazalete no me dejaron llegar hasta el estrado.

Afortunadamente no tuve que esperar mucho a ver cumplido mi deseo, pues en el siguiente mes de abril pude estar a su lado en Roma con ocasión de un viaje de estudios con mis compañeros de colegio. San Josemaría tenía entonces 65 años, una personalidad poderosa, un carácter abierto y más bien extrovertido, con un buen humor contagioso, pero sobre todo lo que llamaba más nuestra atención —incluso a chicos de 15 años como nosotros— era que nos encontrábamos con alguien que tenía conexión directa con Dios. Pude estar sentado a su lado algún rato y, cuando me miraba, —acababa de pedir yo la admisión en el Opus Dei— me *sentía querido*: es difícil explicarlo, pero nunca hasta entonces había percibido algo semejante. Esto es —pensé— algo así como el Cielo por anticipado.

Pude volver a estar cerca de San Josemaría en noviembre de 1972 y en enero de 1975 con ocasión de dos breves estancias suyas en Valencia, adonde me había trasladado para terminar la carrera de Filosofía. La última vez flaqueaba su salud y, en particular, tenía dificultades en la visión por las cataratas que se le habían formado. Pude ver de cerca su reacción sobrenatural cuando un afamado oculista, el Dr. Vicente Buigues, le revisó los ojos y dictaminó que no era operable. En aquellos días en Valencia pude pasear por el jardín de la casa de retiros de La Lloma, cogido de su brazo con otros estudiantes más, también hijos suyos. Se trataba de unas tertulias itinerantes, divertidas, sobrenaturales y apostólicas, de un padre con sus hijos jóvenes. Le contábamos anécdotas de nuestros estudios, de nuestras familias o de nuestros amigos, y el Padre gozaba con la fecundidad que Dios regalaba a la Obra. En particular, estaba muy ilusionado con la expansión del apostolado en nuevos países.

El 22 de abril de 1975 fue la última vez que vi a San Josemaría, dos meses y cuatro días antes de su marcha al Cielo. Había acudido yo a Roma con mis padres y hermanos con motivo de la celebración del 25 aniversario de boda de mis padres. San Josemaría nos recibió a toda la familia. Estuvimos apenas un cuarto de hora con él y quedamos conmovidos por su cariño humano y por su fe sobrenatural, por su Amor de Dios y por su amor a la Iglesia.

3. La vibración de San Josemaría

En noviembre de 1972, en una tertulia con otras personas de la Obra, en la que me sentía muy a gusto y muy cerca de Dios, le pregunté a San Josemaría

qué podía hacer para mantener la vibración que él nos daba. De inmediato me respondió que él no daba ninguna vibración, que quien nos la daba era el Espíritu Santo. "Quiérelo, trátalo —añadió—. Busca la misa del Espíritu Santo, la votiva o la de Pentecostés, y haz la meditación con esos textos, no una vez, sino muchos días. Irás amando al Señor, y agradeciendo que sea Él quien se asienta en tu alma para darte vida interior". Tomé nota cuidadosa de su respuesta y traté de llevarla a menudo a la práctica.

Con emoción profunda, pude descubrir años después en el n. 68 de la publicación póstuma *Forja* un eco fiel de mi pregunta y de su respuesta de aquel día.

> Me has dicho que no sabías cómo pagarme el celo santo que te inundaba el alma.
> — Me apresuré a responderte: yo no te doy ninguna vibración: te la concede el Espíritu Santo.
> — Quiérele, trátale. — Así, irás amándole más y mejor, y agradeciéndole que sea Él quien se asienta en tu alma, para que tengas vida interior.

Se conoce que cuando San Josemaría vio una transcripción de aquella tertulia tomó nota de sus propias palabras para incluirlas en ese libro que había venido preparando desde muchos años antes y que sólo llegaría a publicarse, junto con *Surco*, póstumamente.

Aquellas palabras de noviembre de 1972 son el desencadenante de mi reflexión de hoy sobre el atractivo de San Josemaría. San Josemaría atraía porque comunicaba su "vibración" sobrenatural, su sintonía con Dios. La vibración que transmitía San Josemaría no era cosa humana, sino —sin duda alguna— cosa de Dios: el Espíritu Santo se servía de él como instrumento fidelísimo en sus manos para suscitar en quiénes estábamos a su lado anhelos de santidad. Mi pregunta aspiraba a aclararme sobre cómo estar y sentirme siempre tan cerca de Dios como en aquel momento, cuando estuviera físicamente lejos de San Josemaría. Su respuesta, llena de humildad, devolvía todo el protagonismo al Espíritu Santo y a la acción de su gracia en las almas.

Es posible que al formular mi pregunta tuviera en mi memoria el punto 791 de *Camino* en el que aparece el término "vibración", la única vez en todo el libro: "Te falta "vibración". —Esa es la causa de que arrastres a tan pocos. —Parece como si no estuvieras muy persuadido de lo que ganas al dejar por Cristo esas cosas de la tierra. Compara: ¡el ciento por uno y la vida eterna!". La vibración —parece decir este texto— brota de la identificación con Cristo y de la renuncia a las cosas mundanas. La vibración que San Josemaría comunicaba —al menos así lo presentía yo— brotaba de su unión con Cristo, del latido de su Corazón. Quienes a él se acercaban descubrían con facilidad que en su vida —en lo que decía y en lo que hacía— palpitaba constantemente el Amor de Dios.

San Josemaría veía brillar en los ojos de sus hijos el entusiasmo, la vibración del amor, y de inmediato reconocía el origen de ese gozoso sentimiento en el Espíritu Santo. Advertía con claridad que él era sólo un instrumento en manos de Dios y que toda su vida no había tenido otra finalidad que esa. San Josemaría nunca tuvo ninguna aspiración de brillo humano[9]. Tenía unas dotes humanas excepcionales y todas ellas estaban puestas al servicio de la tarea que Dios le había confiado el 2 de octubre de 1928: hacer el Opus Dei. En verdad, en estrecha intimidad con Dios, sólo vivía para eso.

De mi maestro Alejandro Llano he aprendido el contraste entre el brillo y el resplandor, que es probablemente un lugar común literario. Mientras que el brillo viene de fuera, porque se trata de un reflejo, muchas veces espectacular, el resplandor viene de dentro, de la hoguera, de las brasas. El brillo es casi siempre frío y fugaz; por el contrario, el resplandor es cálido, permanente y acogedor. Tanto los textos de San Josemaría como su vida resplandecen ante nuestros ojos porque brotan del fuego del amor de Dios. Como escribió un obispo catalán hace algunos años a propósito de San Josemaría, "la vida de un hombre que ha intentado ser fiel a su condición de imagen de Dios, perdura como un resplandor que ilumina a los que nos hemos quedado en la tierra"[10].

4. Naturaleza de su atracción

Pero podemos dar un paso atrás e intentar comprender un poco mejor la naturaleza del atractivo que San Josemaría ejercía sobre sus lectores y sobre quienes le escuchábamos. A los seres humanos nos atraen, sobre todo, las personas: es ese uno de los rasgos más característicos de la socialidad humana. El atractivo de San Josemaría no era algo físico, como el magnetismo del imán sobre el hierro, la fuerza de gravitación de los cuerpos celestes o los remolinos en las corrientes de agua. Tampoco tenía ningún parecido con la atracción —muchas veces inconsciente— que sentimos por las cosas apetitosas que satisfacen a nuestros sentidos.

¿Por qué resultaba tan atractivo para mí y para tantos otros? Sin duda, San Josemaría tenía unas condiciones personales fuera de lo común, pues Dios da sus gracias a las personas que elige para desarrollar tareas tan excepcionales como la que a él fue confiada. En particular, San Josemaría tenía una personalidad humana muy atrayente, sobre todo porque era una persona —como se dice— *de una pieza*; una persona en la que pensamiento y vida iban siempre

---

[9] Cf. A. Vázquez de Prada, *El fundador del Opus Dei*, I, p. 117.
[10] R. Malla i Call, "Como un imán que atrae hacia Dios", *Segre*, 14 febrero 1992.

estrecha y armónicamente unidos: hacía lo que decía, luchaba por hacer vida propia todo lo que enseñaba y eso suscitaba una confianza ilimitada en quienes se le acercaban. No había en su enseñanza una separación entre teoría y vida, de la misma manera que en el Evangelio no puede separarse la vida de Jesús de su doctrina. San Josemaría era para nosotros un ejemplo vivo de entrega total a la Voluntad de Dios. Lo que quiero destacar es que lo que cautivaba de él no eran sus virtudes humanas —que eran muchas—, su simpatía, su cordialidad, sino su identificación con Jesucristo y su total entrega a la misión que le había sido encomendada.

Las palabras y la vida de San Josemaría atraían a la inteligencia y al corazón: movían a seguir más de cerca a Jesús renunciando a la comodidad y al egoísmo personales, movían a poner la vida al servicio de la tarea de la Redención. Como recordaba Mons. Echevarría, "San Josemaría escuchó en su alma una vez, de modo particularmente claro, durante la celebración de la Misa: *Et ego, si exaltatus fuero a terra, omnes traham ad meipsum*. Entendió entonces con insólita claridad —según puso por escrito varias veces— el sentido preciso de la misión de las mujeres y los hombres del Opus Dei en el seno de la Iglesia: contribuir a poner a Cristo en el vértice de todas las actividades humanas mediante la santificación de su trabajo profesional y de las circunstancias ordinarias de la vida"[11]. Toda la vida de San Josemaría estuvo volcada en llevar a cabo esa formidable tarea y era su estrecha identificación con Cristo lo que nos movía a secundarle para llevarla a cabo.

En diversas ocasiones pude escuchar a San Josemaría que no le imitáramos a él, sino a Jesucristo. Cuando alguno le preguntaba qué jaculatorias estaba rezando en esa temporada o alguna cosa por el estilo, no era infrecuente que eludiera la respuesta diciendo que en las cosas de amor no debíamos imitarle a él, sino que cada uno debía ir por donde le llevara el Espíritu Santo, cada uno debía encontrar su camino personal. "Viva la libertad", añadía. San Josemaría precavía así contra cualquier fácil mimetismo hacia su persona del todo opuesto al espíritu de libertad tan esencial en el Opus Dei.

San Josemaría no era presumido, ni vanidoso, ni tenía el menor afán de figurar; se sentía y sabía —y así lo decía a menudo— un "fundador sin fundamento", un "pobre pecador que ama con locura a Jesucristo", un "pobre sacerdote que solo habla de Dios". Al advertir el formidable desarrollo de la Obra a partir de los años cuarenta, se sentía confundido al ver la maravilla que el

---

[11] J. Echevarría, "Palabras de saludo en la inauguración de la imagen de San Josemaría Escrivá en San Pedro", 14 septiembre 2005, *Romana* XLI julio-diciembre 2005, p. 291 [http://es.romana.org/art/41_3.5_1]. Sobre esto véase P. Rodríguez, "*Omnia traham ad me ipsum*. El sentido de Juan 12, 32 en la experiencia espiritual de Mons. Escrivá de Balaguer", *Romana* XIII julio diciembre 1991, pp. 331-352 [http://www.romana.org/art/13_8.0_1].

Señor había hecho sirviéndose de su fidelidad y de su generoso trabajo sacerdotal. Jamás se atribuía a sí mismo ningún mérito en todo ello, sino que reconocía abiertamente que todo lo había hecho Dios y, en cierto sentido, "a pesar suyo": él —solía decir— no había hecho más que "estorbar" la acción de la gracia. San Josemaría se había vaciado de sí mismo y estaba lleno de Dios. Quien le escuchaba se persuadía de que en un sentido muy profundo esto era simplemente verdad. En San Josemaría lo que resplandecía por encima de todo era la belleza de la gracia de Dios que arrastra las inteligencias y los corazones.

5. Conclusión: Los santos transparentan a Cristo

No debo alargar mucho más mis palabras. Merece quizá la pena recapitular todo lo que he dicho acudiendo a una comparación tradicional muy gráfica, la de los vitrales que hay en tantas paredes de las catedrales góticas y de tantas otras iglesias. Una vidriera puede haber sido hecha con unos materiales preciosos y con un arte excepcional, pero sólo se ve si la luz del sol la enciende por detrás. "Está el rayo de sol dando en una vidriera —escribe San Juan de la Cruz—; (…) si ella [la vidriera] estuviere limpia y pura del todo, de tal manera la transformará y esclarecerá el rayo, que parecerá el mismo rayo y dará la misma luz que el rayo"[12]. Así los santos, por muchas que sean sus cualidades personales, es siempre la luz de Cristo que transparentan la que los hace atractivos. La tenue luz multicolor que llena la nave y se refleja en los muros de piedra es la gracia divina. Así fue en la vida de San Josemaría: su estrecha intimidad con Dios era realmente lo que atraía.

Muchísimas gracias por vuestra atención.

---

[12] San Juan de la Cruz, *Subida del Monte Carmelo*, *Obras completas*, BAC, Editorial Católica, 1982, Libro 2, cap. 5, n. 6, p. 137.